

Havana Flash

Xavier Alcalá.

En Peixiño –antiguo pequeño barrio de barracas en La Habana- recaló buena parte de los pescadores de Ferrol huidos de la España franquista. Durante una reciente visita a la isla, el escritor gallego Xavier Alcalá consiguió encontrar algunas huellas de aquellos ferrolanos. Su reportaje describe lo que vio en esas tierras de esperanza.

*Tan pronto llegue a la Habana,
paloma mía, te escribiré.*

Ferrol y La Habana tienen mucho en común: en Ferrol, tierra de aluvión, de rescate de foráneos con gallegos de raza, cantamos habaneras. Ferrol tiene un entorno alrededor de la ría que se llama Ferrolterra: poblaciones conectadas por lancha, gentes de “la otra banda” que buscan su pan en la ciudad. La Habana tiene una bahía con barrios que se comunican por lancha con el Muelle de La Luz. La ría de Ferrol y la bahía de La Habana tienen una entrada angosta, con castillo a cada lado para cerrársela a los intrusos a cañonazos. Ferrol y La Habana, cuando España era “la otra” potencia marítima del mundo, tenían grandes astilleros. Desde entonces, hubo trasiegos de ferrolterranos a la habanería.

En la lancha a Casablanca entra mucha gente, de todos los colores, de todos los grados de mestizaje, con bicicleta o sin ella. Todas las mujeres mozas llevan barriga prometedor de fruto o chiquillo de la mano. A pesar de tanta escasez, de tan eterno “período especial” de un sistema sanitario eficaz y de la poquísima influencia de la iglesia católica, aquí la gente tiene hijos.

En Casablanca, como en todos los sitios de este país sitiado, nos venden en dólares una cerveza necesaria. El mismo desastre y la misma rotura de La Habana dominan por calles de casas de un piso, con ventanas enrejadas del suelo al techo, que sugieren un lindo pasado colonial.

Aquí –al revés que al otro lado de la bahía- no nos asalta el enjambre de pedigüños. Siendo igualmente profunda la pobreza nadie pide ni “una monedita” en buen castellano ni “guan cola pa la baby comer” en spanglish. Hay dignidad, y morenas bonitas vestidas de santeras –de la misma religión si cabe que las brasileñas- con falda, blusa y turbante blancos.

Al lado de un logia masónica despintada de verde y negro espantosos, nos atienden dos hombres mayores que recuerdan perfectamente Paisiño. La fonética gallega les cuesta, reconocen el sonido de Peixiño pero lo pronuncian a su manera.

Peixiño

Sí. Hemos ido a dar a buen sitio. Los dos entraron de grumetes con los gallegos de los viveros, ¡qué gente aquélla! Eran todos unos destemidos! El Golfo de México se les quedaba pequeño. Cuántos gallegos estarán enterrados por los cayos, y a cuántos se comerían los tiburones.

Peixiño fue algo como un barrio de pescadores en miniatura. Estos gallegos eran todos de la zona del Ferrol y andaban de paso aunque “después” varios se fueron quedando. A muchos les pilló la revolución y les cambió la vida.

Ellos, nuestros informadores- ya están retirados, pero –como decían- aprendieron a pescar con los gallegos y hasta aprendieron su idioma, porque en el mar las cosas son duras, hay que entenderse contra viento y olas y en los viveros se hacía toda la maniobra en gallego.

Los viveros fueron los primeros barcos de pesca. Eran de vela y llevaban tanques grandes en los que se echaba vivo lo escogido de la red. Las mareas duraban hasta un mes y a veces se estropeaba el pescado. Se moría y había que salarlo. Los gallegos de Peixiño enseñaron la técnica de salar.

Peixiño era una línea de barracas en la orilla, donde los pescadores dejaban sus pertenencias y, a veces, dormían. Pero no siempre, porque estaban acostumbrados a vivir a bordo. De hecho, el cocinero del barco nunca dejaba de trabajar. Se comía a bordo, a bordo se celebraban las comilonas de los gallegos, que hasta mandaban matar becerros (hay un brillo de nostalgia en los ojos de nuestros informadores, porque en Cuba, hoy, está prohibida la "carne de res". Muchos de aquellos pescadores eran sindicalistas y anduvieron escapados durante las dictaduras, huidos a México o escondidos por las breñas en que vivían otros gallegos, carboneros. Varios de los "ferrolanos" también eran armadores. Esos fueron los que llevaron la peor parte de la revolución.

Despedimos Casablanca con una subida al Cristo desde el que se ve La Habana, que se podría imaginar vivaz y limpia, pintada –codiciada por los negociantes de los Estados Unidos.- La lancha de la bahía también lleva a Regla, otro barrio. Allí nos vamos a encontrar con un residente en Peixiño que puede servir de muestra.

Su padre ya pescaba en el Golfo y vivía en los barracones de Casablanca. Un hermano suyo comunista, comisario político en la guerra civil, engulló a duras penas la derrota y, desde Francia, emigró a la isla de promisión. A él le costó lo indecible llegar a La Habana cuando la policía franquista no dejaba evadirse a los mozos por miedo a tener que entrar en guerra contra los aliados.

Aquí trabajo primeramente en los viveros, después en los neveros, en los que se llevaba hielo para conservar y, finalmente, en los congeladores con cámaras de frío.

Todos los de Peixiño eran, efectivamente, de la Ferrolterra, principalmente de la península de Ares; y fueron los que alimentaron a La Habana de delicadezas como la cherna, reina de los menús.

Ferrol fue siempre ciudad obrera, de anarquistas, socialistas y comunistas, hombres de pensamiento recio, que se la jugaban contra la burguesía y los militares. Por eso no es de extrañar que aquí organizaran los sindicatos de ververistas y que la policía de las dictaduras que hubo los torturase y los asesinase.

La revolución les fue fácil de entender. A los que sobrevivieron en España los "paseos" de la guerra y los fusilamientos de la posguerra, Fidel les pareció el realizador de un sueño imposible.

Hoy, el sueño ha muerto.

Surge un hiato en la conversación del revolucionario desencantado. Un ventilador prerrevolucionario desafía todos los cálculos de las industrias fabricantes de aparejaje; resiste porque tiene que resistir, como estas criaturas confusas.

La Cuba de Fidel les dio ilusiones, pero inmediatamente, también disgustos. A ellos – pescadores hartos de navegar y salar pescado- les impusieron administradores con ideas locas; por ejemplo, cortar los palos de los barcos. No hubo forma de convencerlos de que la vela ayudaba a ahorrar combustible, un treinta por ciento en cada marea. Nada.

¿Y las confiscaciones? Eso fue una insensatez: los patronos de los barcos eran trabajadores que habían sabido ahorrar. Se los requisaron y les pagaron a plazos con unos pesos que cada día valían menos. Los arruinaron. El mayor error de la revolución fue tocar al pequeño capital.

Cuba, la de Castro, ofreció a todos la oportunidad de salir de la ignorancia, de formarse, de llegar lejos. Los hijos de estos gallegos (la señora de la casa también es de la tierra verde y de las brumas) han llegado a ingenieros, tienen formación superior.

Dólar asqueroso

Pero la miseria –nacida de lo que sea: del bloqueo, de la desidia isleña o de todo- hace ver las cosas de otra manera.

El dólar asqueroso se convierte en instrumento de milagro. Galicia puede ser origen del milagro, cuando alguien se acuerda de los de aquí y arrima un billete verde. Cien dólares para un gallega de allá no son más que unas trece mil pesetas. La tercera parte de la pensión mensual de un viejo. Aquí son dos mil doscientos pesos al cambio negro un año entero de paga de jubilado.

Si que es cierto que los gallegos de Peixiño mandaban matar becerros, que los habían bien gordos. Había novillos de hasta doscientas libras. Al matarife se le daban las entrañas, el cuero y la cabeza: y se comía carne, más que pescado.

Hoy sólo se cata cerdo y pollo; no hay grasa para cocinar.

Una vez cayeron en esta casa cien dólares que venían de allá, de la Ferrolterra de todos; y fue un problema porque hubo que dividirlos en billetes pequeños, antes de ponerse a buscar lo imposible: aceite y jabón. Se consiguió una botella de aceite y varias pastillas de jabón, que aquí se usan para darse olor al final de la ducha.

Otro silencio. Se llama distrofia al grado anterior al hambre: la mente todavía funciona y conserva sus capacidades en conseguir lo que no está asegurado.

Nuestro hombre repasa los personajes de los que Xosé Neira Vilas retrató –con óptica castrista- en su reportaje Galegos no Golfo de México. Luego traza una clasificación simplista de los políticos españoles: Felipe González es bueno porque es socialista y Fraga es malo porque pidió la pena de muerte para Grimau.

Finalmente hace un encargo: quiere saber si se podrá vender un terrero que le quedó en herencia en su aldea. Tenía un roble que no lo abrazaban tres hombres. Por su cálculo, terreno y árbol le podían dar de vivir aquí hasta el fin de sus días, que él estima dentro de diez años. La miseria, como se ve, da para los más exquisitos cálculos.